

prender grandes cosas y llevarlas á cabo. Ha sacado de los bosques pueblos nómades; les ha dado una subsistencia segura: los ha vestido: y aun cuando no hubiera conseguido con esto mas que aumentar la industria entre los hombres, siempre hubiera hecho mucho.» (*Espiritu de las leyes*, lib. IV, cap. 4.)

Voltaire. «Triunfaron en América, enseñando á salvages las artes necesarias: triunfaron en China enseñando las artes mas eminentes á un pueblo ingenioso. — Sin rebozo lo digo: no hay nada mas absurdo, mas inicuo, mas vergonzoso para la humanidad que acusar de relajacion en punto á moral á hombres que pasan en Europa la vida mas dura, y que van á buscar la muerte á los confines de Asia y América. Durante los siete años que he vivido en la casa de los Jesuitas ¿qué he visto? La vida mas laboriosa, mas frugal, mas regular; todas sus horas repartidas entre las horas que nos daban y los ejercicios de sus austeras profesiones, *testigos millares de hombres criados como yo.* — Los Jesuitas que tenian á su favor los papas y los reyes, estaban enteramente desacreditados en el ánimo de los pueblos. Renovábanse contra ellos las antiguas acusaciones del asesinato de Enrique el Grande, el suplicio del P. Guignard, etc., *tentábanse todos los medios posibles para hacerlos odiosos.* Pascal fué mas allá, — los hizo ridiculos: — sus *Cartas Provinciales* que se publican entonces eran un dechado de elocuencia y de sarcasmo. — Verdad es que *todo*

el libro se apoyaba en un cimientto falso, pues atribuia astutamente á toda la sociedad las extravagantes opiniones de algunos Jesuitas españoles y flamencos. Lo mismo hubieran podido desenterrarlas de los escritos de algunos casuistas dominicos ó franciscanos, *pero el rencor se dirigia solo contra los Jesuitas.* Procurábase, en aquellas cartas, probar que tenian formado un plan de corromper las costumbres de los hombres, plan que ninguna secta, ninguna sociedad ha formado ni podido formar jamás: *pero lo importante no era tener razon, sino divertir al público.*» (*Siglo de Luis XIV*, etc., etc.)

El mismo d'Alambert, el gran promotor, y probablemente el verdadero autor del *Pedimento fiscal*, (*Requisitoire*) de La Chalotais, reconoció mas de una vez el mérito de los Jesuitas y la pobreza de sus enemigos. En sus *Elogios* en particular se leen estos pasages: «El joven Crebillon hizo sus estudios con los Jesuitas, que han sido igualmente los maestros de muchos escritores de primer orden, Bossuet, el gran Corneille que siempre los quiso y Voltaire que los quiso mucho tiempo.» — «Houdart de la Motte hizo sus primeros estudios con los Jesuitas, hombres altamente beneméritos de la literatura por sus talentos y por sus obras: ¡feliz sociedad si hubiera sabido contentarse con esta gloria! La Motte conservó siempre con ella relaciones de gratitud ó de politica, porque entonces los Jesuitas eran temibles y el rayo, que por mucho tiempo han desafiado, dormia aun.... Fontenelle y La Motte,

que temian tanto comprometerse resistiendo á los Jesuitas, dieron á los literatos un ejemplo de *pusilanimidad* que no fué imitado por otros. Esta sociedad, siendo todavía poderosa y contando con mucho crédito, ha hallado en nuestros dias, en varios escritores célebres á quienes se atrevió á atacar, intrépidos y formidables adversarios. Pueden verse los pormenores de esta guerra en la obra titulada: *De la Destruccion de los Jesuitas en Francia*, por un autor desinteresado. No era sin embargo ni con mucho (y esta circunstancia es en cierto modo gloriosa, y en cierto modo poco honrosa para los literatos) su ejército igual en número al ejército enemigo. Aunque en apariencia no tenian por adversarios mas que tres ó cuatro escritores jesuitas, la sociedad entera era la que los atacaba, por efecto de aquella íntima é inalterable union que *hacia á todos sus individuos concurrir á la defensa de la causa comun*: por el contrario, solo algunos escritores aislados, sin crédito y sin apoyo, rechazaban los tiros disparados contra los Jesuitas. Los otros literatos, ó espectadores indiferentes de aquella lucha, ó enemigos de aquellos á quienes atacaba la sociedad, ó indignamente vendidos al partido Jesuítico, porque le creian *el mas poderoso*, no tomaban parte alguna en la pelea, ó deseaban en secreto que sucumbiesen sus compañeros, ó se mezclaban con el enemigo para escaramuzar cobardemente contra ellos.»

Aun los mismos *Parlamentos*, que los juzgaron

severamente, y acabaron por condenarlos, lo hicieron inconsecuentemente, ó se arrepintieron de ello: testigos los *pedimentos* de Joly de Fleury, y la sentencia del 24 de marzo de 1713, el de Gilbert des Voisins, y la sentencia del 29 de agosto de 1726...

Y hasta *La Chalotais*, en su famoso *Pedimento*, cuyo resultado fué la proscripcion: «Declaro, ante todas cosas, que, lejos de acusar de fanatismo á la orden entera de los jesuitas, es decir, á todos los individuos, los disculpo á casi todos y con especialidad á los jesuitas franceses.

«Seria una injusticia hacer responsables de los vicios que se hallan en las leyes á los que no las han formado, á los que se han sometido á ellas sin conocerlas, y no deben conocerlas hasta que ya les es casi imposible sacudir su yugo.

«No quiera Dios que yo acuse á todos los miembros de una corporacion cristiana, y que hace profesion del cristianismo, de haber fraguado una conspiracion para destruirle y derribar la moral evangélica.

«La sociedad nació en un siglo en que desgarraban la Iglesia por dentro y por fuera enemigos poderosos é hijos rebeldes, que la admiraban por sus errores y por su saber; naciones enteras habian abandonado su gremio. La sociedad de los jesuitas, difundida por todas las naciones, contribuyó á afirmar la vacilante fe de algunas, á atraer á otras al seno de la Iglesia, y á disminuir los progresos de las sectas: sus predicadores y sus controversistas sos-

tuvieron con valor los esfuerzos de los hereges. La sencillez y la regularidad de las costumbres, la habilidad en el manejo de los negocios, el conocimiento de las ciencias y de las artes liberales, conciliaron el favor de los grandes y de los pueblos á los jesuitas, quienes llevaron sus misiones á América, á China, á Abisinia, al Japon, á las Indias. Hiciéronse útiles á los soberanos: fuéronlo sobre todo á los de España y Portugal, en remotos continentes, para la conservacion y el engrandecimiento de sus conquistas: formando nuevos cristianos, adquirian nuevos vasallos á aquellos príncipes.

« Si el objeto era útil, si la Iglesia tenia necesidad de hombres sabios que oponer á sus enemigos, de misioneros para propagar la fe en lejanos climas, de personas instruidas ó que pudiesen fácilmente instruirse en los diferentes ramos de las ciencias útiles á la humanidad, en la astronomía, en la medicina y en las lenguas; de hombres prontos á echar á andar á la primera orden del soberano Pontífice, solo podian hallarse en una sociedad únicamente ocupada en el estudio, y cuyos miembros no estuviesen distraidos por un gran número de prácticas y de observancias monásticas, y unidos además á la santa Sede, para las misiones, por un voto especial de obediencia.

« El abate Fleury dice, en el prefacio de su Catecismo histórico, que, cualquiera que sea la ignorancia que existe entre los cristianos, no es comparable á la que reinaba, hace doscientos años, antes

de que san Ignacio y sus discípulos hubiesen restablecido la costumbre de catequizar á los niños.

« Puede, pues, decirse que el establecimiento de la sociedad de los jesuitas fué entonces útil á la Iglesia, que estaba muy en armonía con sus necesidades, y, sobre todo, con los intereses de la corte de Roma.»

Y ¿quien lo creeria?

La *Asamblea constituyente*: « Acababa el marqués de Foucault de presentar á su aprobacion un párrafo adicional dirigido á hacer extensivas á los jesuitas las ventajas concedidas á las otras congregaciones. M. de Montesquieu apoyó acaloradamente aquella proposicion, y terminó así su discurso: — Los jesuitas tienen derechos á vuestra justicia. No se la rehusareis á una congregacion célebre, en la que muchos de entre vosotros han hecho sus estudios, á esos desgraciados cuyas culpas han sido un problema, pero cuyas desgracias no lo son. — Muchos miembros de la izquierda pidieron que se dejase para otro dia la discusion del párrafo adicional, pero Barnave se opuso á ello, exclamando: — El primer acto de la libertad naciente debe ser reparar las injusticias del despotismo. Propongo una redaccion del párrafo adicional en favor de los jesuitas. — Esta redaccion fué adoptada, y se lee en el artículo 2 del decreto de 26 de febrero de 1790: « Será pagado á cada religioso, etc., etc..... Los jesuitas que no posean, sea en beneficios, sea en pensiones sobre el Estado, una suma igual á la señalada á los

religiosos de su clase, recibirán el complemento de la dicha suma. »

Mirabeau, en particular, en sus *Cédulas de pri-sion (Lettres de cachet)* : « Si alguno dudase, dice el respetable autor de la *Historia del comercio de las dos Indias*, de los felices efectos de la beneficencia y de la humanidad sobre los pueblos salvages, que compare los progresos que han hecho los jesuitas en muy poco tiempo en la América meridional con los que no han podido hacer en dos siglos las armas y las naves de España y de Portugal. Mientras que millares de soldados convertian dos grandes imperios cultos en desiertos de salvages errantes, unos cuantos misioneros convirtieron pequeñas naciones errantes en muchos grandes imperios cultos. »

Y, en nuestros días, *Lalande*, el menos sospechoso de todos (Extracto del folleto titulado el *Bien Informado*, del 14 lluvioso año 8) :

« *El ciudadano Lalande al Bien informado, sobre Sócrates y los jesuitas* :

« En el *Boletín de la Europa* del 20 nivoso, se me acusa de ser ateo, de ser tan feo como Sócrates, de comer arañas, de llamar á la duquesa de Gota mi íntima amiga, de decir que Newton sabia tal cual la geometría, de haber anunciado un cometa que no ha llegado, de haber hecho la corte al Papa, y de haber ayudado á misa á un jesuita. Todo eso no merece la pena de que responda á ello; pero el nombre de jesuita interesa mi corazón, mi inteligencia y mi gratitud. Mucho se ha hablado de su

restablecimiento en el Norte : esto no es mas que una quimera, pero ha despertado todo mi sentimiento por la ceguedad de los gobernantes en 1762. No : la especie humana ha perdido para siempre, y no recobrará jamás aquella preciosa y admirable reunion de veinte mil individuos ocupados, sin respiro y sin interés en la instruccion, en la predicacion, en las misiones, en las conciliaciones, en los socorros á los moribundos, es decir en las cosas mas caras y mas útiles á la humanidad. El retiro, la frugalidad, el renunciamiento á los placeres, hacian de aquella sociedad el mas admirable conjunto de sabiduría y de virtud. Yo los vi de cerca, y puedo decir que eran un pueblo de héroes para la religion y la humanidad. La religion les daba medios que no ofrece la filosofía.

« A los catorce años yo los admiraba y los amaba á tal punto que pedí mi admision, y todavía siento no haber persistido en aquella vocacion que me inspiraron la inocencia y la aficion al estudio. Entre las absurdas calumnias que exhaló contra ellos la rabia de los protestantes y de los jansenistas, me llamó la atencion *La Chalotais*, que llevó la ignorancia ó la obcecacion hasta el punto de decir en su *Pedimento* que los jesuitas no habian producido matemáticos. Estaba yo haciendo entonces la tabla de mi astronomía, y puse en ella un artículo sobre los jesuitas astrónomos : su número me pasmó. El 20 de octubre de 1773, tuve ocasion de ver á *La Chalotais* en *Saintes*, y el gusto de hacerle re-

conocer su injusticia, que le eché en cara. El 20 de julio de 1794, fué asesinado.

« Casi siempre los crímenes son castigados :

*Raro antecedentem scelestum
Deseruit pede pœna claudo.*

« Pero los jesuitas estaban perdidos hacia mucho tiempo.

« Dos ministros execrables en este punto, Carvalho y Choiseul, destruyeron sin remedio la mas bella obra de los hombres, obra á que ni aun se acercará jamás ningun establecimiento sublunar, y que es el eterno objeto de mi admiracion, de mi gratitud y de mis mas vehementes deseos. »

Los mismos estrangeros y los mas célebres protestantes, Bacon, Grocio, Leibnitz, Haller, Robertson y el gran Federico, se han mostrado amigos de los jesuitas.

Bacon (*De los progresos de las ciencias*, pág. 29 y 518) : « Cuando considero su destreza y su habilidad en formar á la juventud para las ciencias y á las buenas costumbres, recuerdo el dicho de Agesilao sobre Farnabaso : — *Siendo lo que sois, ¿por qué no sois de los nuestros?* » — Y en otra ocasion : « Por lo que hace al artículo de la educacion, todo quedaria dicho en pocas palabras : ved las escuelas de los jesuitas : no hay nada mejor que lo que se hace en ellas. »

Grocio : « Los jesuitas gozan de grande autoridad

en el mundo á causa de la santidad de su vida, y porque instruyen á la juventud en las letras y en las ciencias gratuitamente (*Anales belgas*).

Leibnitz : « Estoy persuadido de que muy frecuentemente se calumnia á los jesuitas, y se les atribuyen opiniones que ni siquiera se les han pasado por la imaginacion. Asi lo ha hecho Tito Oates, quien ha propalado sobre ellos qué sé yo cuantas necedades, como, por ejemplo, que sus generales disponian soberanamente de todos los empleos civiles y militares en Inglaterra. Nada digo de las sandeces que contiene el libro titulado : *El emperador y el imperio vendidos*. Es tambien muy cierto que hay en su sociedad muchos individuos que son la gente mas honrada del mundo : tambien es verdad que hay algunos de un caracter inquieto y fogoso, que, á cualquiera costa, y aun por medios poco licitos, trabajan en el engrandecimiento de su orden; pero este mal es comun á todas las sociedades, y si se ha observado mas particularmente en la de los jesuitas, es porque esta es tambien mas observada que las demas. » — Decia al conde de Merode que « si los padres jesuitas no hubieran hecho mas que solo los *Acta Sanctorum* (de los Bolandistas), merecerian haber venido al mundo, y sér estimados y estimados. »

Haller (*Ensayos sobre varios puntos interesantes de politica y de moral*) : « Los enemigos de la sociedad de los jesuitas disfaman sus mejores instituciones : la acusan de una ambicion desmedida, por-

que trabaja por fundar una especie de imperio en países remotos. Pero ¿qué proyecto puede citarse mas noble, mas provechoso á la humanidad que el de reunir hombres dispersos en los profundos senos de los bosques de América, arrancarlos á su salvaje y miserable vida, poner limite á sus crueles y destructoras guerras, iluminar su mente con las verdades de la religion, y renovar para ellos los felices tiempos de la edad de oro? ¿No es esto ponerse enteramente en el lugar del legislador ocupado en labrar la felicidad de los hombres? La ambicion que tantos bienes produce no puede menos de ser una pasion laudable. Ninguna virtud llega jamás al grado de pureza que exigen los hombres; pero no hay virtud ninguna que puedan desfigurar las pasiones cuando estas contribuyen á estender la felicidad general. »

Robertson, pastor protestante, y protestante en su *Historia de América*: « Despues de haber espuesto la peligrosa tendencia de las constituciones y de la indole de la orden de los jesuitas con la libertad que conviene á un historiador, el candor y la imparcialidad que impone este caracter me obligan á añadir una observacion en su favor, y es, que, en la Iglesia romana, ninguna clase del clero regular se ha distinguido por la pureza de sus costumbres mas que esta sociedad en general. Las máximas de su política mañosa, ambiciosa é interesada, podian, sin duda, influir sobre el ánimo de los que gobernaban la sociedad, y aun corromper el corazon y la con-

ducta de algunos individuos; pero la mayor parte de ellos, ocupados en el estudio de las letras, ó empleados en los deberes que impone la religion, no tenian mas norte que los ordinarios principios que apartan á los hombres del vicio, y los conducen á la honradez y á la virtud.

« Pero donde con mas esplendor y utilidad para el linage humano han ejercitado su talento los jesuitas es en el Nuevo Mundo. Los conquistadores de esta desventurada parte del globo no tuvieron otro objeto que el de despojar, oprimir y esterminar á sus habitantes: solo los jesuitas se establecieron en ella con miras de humanidad. Hacia principios del siglo pasado obtuvieron la entrada en la provincia del Paraguay, que cruza el continente meridional de la América, desde el fondo de las cordilleras del Potosí hasta los confines de los establecimientos españoles y portugueses, en las orillas del rio de la Plata. Hallaron á los habitantes de aquel pais, en el estado, con corta diferencia, en que se hallan los hombres que empiezan á unirse en sociedad: no practicaban ninguna arte, buscaban una subsistencia precaria en el producto de su caza ó de su pesca, y escasamente conocian los primeros rudimentos de la subordinacion y de la policia. Los jesuitas se encargaron de instruir y de civilizar á aquellos salvajes: enseñáronles á cultivar la tierra, á criar animales domésticos, á edificar casas; los escitaron á reunirse en aldeas; los formaron á las artes y á las manufacturas, y los hicieron en

fin conocer las dulzuras de la sociedad y los beneficios que resultan de la seguridad y del buen orden : de esta suerte llegaron aquellos pueblos á ser vasallos de sus bienhechores, que los gobernaron con una dulzura paternal. Respetados, queridos, casi adorados, unos cuantos jesuitas presidian á millares de Indios.

« Mantengan una igualdad perfecta entre todos los miembros de aquella numerosa comunidad. Cada cual estaba obligado á trabajar, no ya para uno solo, sino para el público : el producto de sus campos y todos los frutos de su industria se depositaban en almacenes comunes, en donde á cada individuo se le distribuía lo que le hacia falta para cubrir sus necesidades : esta forma de institucion destruía radicalmente casi todas las pasiones que turban la paz de la sociedad. Un corto número de magistrados elegidos entre los mismos Indios velaba sobre la tranquilidad pública y aseguraba la obediencia á las leyes. Los castigos sanguinarios, tan frecuentes bajo los otros gobiernos, eran allí desconocidos : una reprimenda dirigida por un Jesuita, una ligera nota de infamia, ó en casos de infamia ó estraordinarios, algunos cuantos azotes bastaban para mantener el orden en aquel pueblo inocente y feliz. »

Federico el Grande. Sabido es que los llamaba los *Guardias de Corps* del Papa, y que les dió un asilo en su desgracia, en 1762. He aquí su opinion sobre ellos, cual la espresa Bourgoing, en sus *Memorias sobre Pio VI.*

« Los protegeré, decia el rey ya desde el año 1775 á uno de ellos que se hallaba en Breslau : ni el Papa ni nadie tienen derecho para prescribirme cosa alguna. He prometido á la corte imperial, en el último tratado, conservar al clero católico en el estado en que le he hallado : cumpliré mi palabra, y si cada cual da en hacer lo que le acomode, yo desterraré á toda la *clericalla* y solo os conservaré á vosotros. » Hacia la misma época escribia á d'Alambert, despues de una enfermedad en que habia estado á pique de sucumbir : « A fuerza de años, he visto muchas cosas ; he visto á los soldados del papa usar mi uniforme, á los Jesuitas elegirme su general y á Voltaire escribir como una vieja.

« Tengo, decia, entre mis súbditos, un millon y medio de católicos y me importa que se crien cuerda y uniformemente en la religion de sus padres. Los Jesuitas han hecho sus pruebas : por lo que respecta á su talento para la educacion, solo viviendo en comunidad pueden llenar debidamente este cargo, y por lo tanto vivirán así con la sola condicion de someterse, en todo lo demas, á las leyes eclesiásticas que el Papa tenga á bien prescribirles. »

Pero he aquí otras palabras, mas notables y mas decisivas del mismo Federico, verdaderamente *grande* en esta ocasion : A la idea de la destruccion de los Jesuitas en Europa, esclamaba lleno de júbilo : « Se necesita un milagro para salvar la Iglesia ; ella es la que está herida de un ataque de apoplegia terrible..... » Y, en respuesta á las que-

jas que le dirigia Voltaire, se justificaba en estos términos: « He conservado esa orden en cuanto he podido, aunque herege y á mayor abundamiento, incrédulo. No se halla en este país ningun católico instruido, como no sea entre los Jesuitas: no teniamos á nadie capaz de dirigir las clases, no teniamos ni Padres del Oratorio, ni Piaristas: *era preciso, pues, ó conservar los Jesuitas, ó cerrar las escuelas.* Era preciso, pues, que subsistiese la orden para suministrar profesores á medida que fuesen faltando, y la fundacion podia sostener el gasto á sus espensas: NO HUBIERA SIDO SUFICIENTE PARA PAGAR PROFESORES LEGOS. Si se hubiese suprimido la orden, la universidad no subsistiria, y hubiera sido indispensable enviar á los Silesios á Bohemia, á estudiar su teología, etc. »

En fin, elevándose todavía á mas altura, medio á la manera de Voltaire, medio á la de Leibnitz, escribió al primero: « Ya hemos alcanzado una nueva victoria en España: los Jesuitas han sido expulsados de este reino: ademas, las cortes de Versalles, de Viena y de Madrid han pedido la supresion de un considerable número de conventos.... ¡CRUEL REVOLUCION! ¿á qué no debe esperarse el siglo que seguirá al nuestro? Ya está aplicada el hacha á la raíz del arbol.... Este edificio, zapado en sus cimientos, va á derruirse, y las naciones transcribirán en sus anales que VOLTAIRE FUÉ EL AUTOR DE ESTA REVOLUCION que se efectuó en el siglo décimo nono en el espíritu humano. »

§ VI.

EXAMEN DE LA GRANDEZA Y DE LA BENEFICENCIA HISTORICAS DE LOS MISIONEROS.

Puede decirse que los Misioneros son en cierto modo los mas grandes entre los grandes hombres, esto es, los mas animosos, los mas heróicos, los mas útiles, y á mayor abundamiento, los mas sabios y los mas ilustres. El cristianismo y la civilizacion universal, los gobiernos y los pueblos, los reyes y los súbditos se lo deben todo, así como ellos se lo deben todo al cristianismo, del cual son la personificada y viva aplicacion.... Ellos acompañaron, cuando no precedieron, á los conquistadores, á los viajeros, á los navegantes, á los naturalistas¹,

¹ Los menores méritos de los misioneros son los científicos. Sus viages propiamente tales, las descripciones, las historias, las *Cartas edificantes* de los jesuitas y de los dominicos son los modelos del género. — Sus descubrimientos astronómicos en la corte de la China, convertida en su *Observatorio*, llamaban la atencion de Hevelius, de Cassini, de Halley; — el *Hortus mundi* del P. Barrelier merecia tener por editor el mas grande de los Jussieu; — sus *rudimentos*, sus *diccionarios*, sus traducciones orientales, prepararon todos los trabajos de los Guignes, de los Guillemos Jones, de los Sacy, anti-